

L A M O M I A

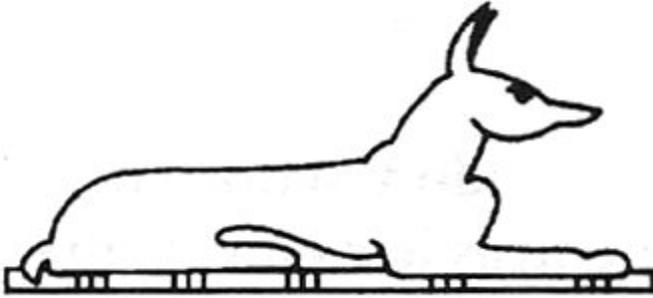
Anne
RICE

Ramsés es inmortal, vive a través de los siglos. Pero ha bebido el elixir de la vida y se ha convertido en Ramsés el Maldito, condenado a recorrer la Tierra para saciar afanes que nunca vera satisfechos: de comida, de vino, de mujeres. De nuevo, Anne Rice se sirve de un personaje sobrehumano para someterlo a la mas humana de las condiciones: la pasión. La momia recobra la vida en el Londres eduardiano y regresa a El Cairo con la personalidad asumida del doctor Ramsey, egiptólogo. Lo persigue el recuerdo de su ultima reencarnación como amante de Cleopatra. Su anhelo por la Reina de Egipto le lleva a cometer un acto que devastara los corazones de quienes le rodean.

*Esta novela está dedicada con amor a
Stan Rice y Christopher Rice
y
a Gita Mema,
una inspiración súbita,
y
a sir Arthur Conan Doyle
por sus espléndidas historias de momias
El lote n.º 249 y El anillo de Thoth
y
a H. Rider Haggard, que creó a la inmortal She
y
a todos los que han dado vida a «la momia» en
cuentos, novelas y películas.
Y finalmente,
a mi padre, Howard O'Brien,
que me rescató más de una vez del
cine del barrio cuando «la momia»
me había aterrorizado hasta tal punto que
no podía soportar ni siquiera la siniestra música
que llegaba al vestíbulo desde la sala de proyección.*

Mi especial agradecimiento a
 Frank Konigsberg
 y
 Larry Sanitsky
por su apoyo entusiasta al proyecto de *La Momia*
y por su contribución al desarrollo de la historia.

PRIMERA PARTE



1

Los fotonazos de las cámaras lo cegaron por un momento. Ojalá hubiera podido mantener alejados a los fotógrafos.

Pero llevaban ya meses pegados a sus talones, desde que habían encontrado los primeros restos en aquellas áridas colinas al sur de El Cairo. Era como si ellos también hubieran sabido que algo iba a ocurrir. Después de tantos años de trabajo, Lawrence Stratford estaba a punto de hacer un descubrimiento fabuloso.

Y allí estaban, con sus cámaras dispuestas y los *flashes* humeantes. Casi le hicieron perder el equilibrio con sus empujones mientras se abría paso por el estrecho pasadizo que conducía a la puerta de mármol cubierta de inscripciones.

El crepúsculo pareció cerrarse a su alrededor súbitamente. Podía ver las letras, pero no las distinguía con claridad.

—¡Samir! —gritó—. Necesito más luz.

—Bien, Lawrence.

Al instante una antorcha se encendió a sus espaldas y la poderosa luz amarilla iluminó con claridad la gran losa de piedra. Sí, eran jeroglíficos, profunda y diestramente grabados en mármol italiano. Jamás había visto nada igual.

Sintió el tacto cálido y sedoso de la mano de Samir en su hombro mientras leía en voz alta:

—«Ladrones de los Muertos, alejaos de esta tumba o despertaréis a su ocupante, cuya ira nadie puede contener. Ramsés el Maldito es mi nombre.»

Miró a Samir. ¿Qué podía significar aquello?

—Adelante, Lawrence, sigue traduciendo. Tú eres mucho más rápido que yo —lo apremió Samir.

—«Ramsés el Maldito es mi nombre. En otro tiempo Ramsés el Grande, rey del Alto y el Bajo Egipto; azote de los hititas, constructor de mil templos; adorado por su pueblo; y guardián inmortal de los reyes y reinas de Egipto a lo largo de los siglos. En el año de la muerte de la gran reina Cleopatra, al convertirse Egipto en provincia romana, me entrego a la oscuridad eterna; cuidaos de mí si dejáis que los rayos del sol crucen esta puerta.»

—Pero no tiene sentido —susurró Samir—. Ramsés el Grande reinó mil años antes que Cleopatra.

—Y sin embargo no hay duda de que estos jeroglíficos son de la dinastía XIX —repuso Lawrence. Limpió con impaciencia la tierra que cubría las letras—. Mira, a continuación se repite el mismo texto en latín y en griego.

Hizo una pausa y finalmente leyó las últimas líneas en latín.

—«Cuidado: Mi sueño es como el sueño de la tierra bajo el cielo nocturno o bajo la nieve del invierno; si se me despierta, no seré servidor de mortal alguno».

Por el momento Lawrence se quedó boquiabierto, sin poder apartar la vista de la inscripción que acababa de leer. Apenas oyó las palabras que Samir pronunciaba tras él.

—No me gusta. No sé lo que significa, pero es una maldición.

Lawrence se volvió de mala gana y vio que la desconfianza de Samir se había convertido en miedo.

—El cuerpo de Ramsés el Grande está en el museo de El Cairo —dijo Samir con impaciencia.

—No —replicó Lawrence, consciente de que un escalofrío le recorría la espina dorsal—. Hay *un cuerpo* en el museo de El Cairo, pero no es el de Ramsés. ¡Mira los cartuchos, los sellos! En tiempos de Cleopatra no había nadie capaz de escribir en jeroglíficos antiguos, y éstos son perfectos... como las traducciones griega y latina.

Si al menos pudiera compartir aquel momento con Julie, pensó Lawrence con amargura. Julie, su hija, no tenía miedo a nada. Ella hubiera comprendido como nadie lo que aquel momento significaba para él.

Casi perdió el equilibrio al retroceder por el pasadizo apartando de su camino a los fotógrafos. De nuevo volvieron a relampaguear los *flashes* de las cámaras. Los periodistas se abalanzaron hacia la puerta de mármol.

—¡Que los hombres vuelvan al trabajo enseguida! —gritó Lawrence—. Que terminen de despejar el pasaje hasta la puerta. Quiero entrar esta noche en esa tumba.

—Lawrence, no te precipites —le advirtió Samir—. Hay algo en todo esto que no debemos menospreciar.

—Samir, me asombra —respondió Lawrence—. Hace diez años que excavamos estas colinas en busca de algo como esto. Y nadie ha tocado esa puerta desde que fue sellada hace dos mil años.

Con gesto malhumorado apartó a los periodistas que se agolpaban a su alrededor. Hasta que llegara el momento de abrir la puerta necesitaba refugiarse en su tienda y en su diario, el único confidente apropiado en aquel momento. De repente se sintió mareado por el calor del largo día.

—No hay declaraciones por el momento, señores —dijo Samir cortésmente. Como siempre, Samir era el enlace en-

tre Lawrence y el mundo real.

Lawrence descendió por el irregular sendero cojeando ligeramente mientras entrecerraba los ojos y admiraba la sombría belleza de las tiendas iluminadas por antorchas a la suave luz violeta del atardecer.

Tan sólo una cosa distrajo su atención antes de que se refugiara en su tienda, ante la mesa de campaña: la visión de su sobrino Henry, que lo observaba con aire indolente desde cierta distancia; Henry, enfundado en su arrugado traje de lino blanco y con cara de pocos amigos, tan incómodo y fuera de lugar en Egipto; Henry, con el inevitable vaso de whisky en la mano y el eterno cigarro en los labios.

Sin duda estaba con él Malenka, aquella bailarina del vientre de El Cairo que entregaba a su señor inglés todo lo que ganaba.

Lawrence no conseguía olvidarse nunca por completo de Henry, pero tenerlo delante era más de lo que podía soportar.

En una vida plena de satisfacciones, Henry era la única decepción: el sobrino a quien no preocupaba nadie ni nada más que la mesa de juego y la botella; el único heredero varón de los millones de la familia Stratford, a quien no se podía confiar ni un billete de una libra.

Sintió un agudo dolor al recordar a Julie, su amada hija, que debería haber estado allí junto a él, y que habría estado de no haberla convencido su joven prometido para que permaneciera en Londres.

El motivo de la visita de Henry era el dinero. Había traído documentos de la compañía para que Lawrence los firmara. Y el padre de Henry, Randolph, lo había enviado con aquella desagradable misión, desesperado como siempre por cubrir las deudas de su hijo.

«Una buena pareja», pensó Lawrence sombríamente. Un holgazán y el presidente del consejo de Stratford Shipping, la gran compañía de transportes marítimos, que desviaba

con torpeza los beneficios de la empresa hacia los bolsillos sin fondo de su hijo.

Pero en realidad Lawrence le hubiera perdonado cualquier cosa a su hermano Randolph. Desde su punto de vista, lo había cargado con todo el peso del negocio familiar, con sus inmensas presiones y responsabilidades, para poder dedicar los últimos años de su vida a excavar en busca de las ruinas egipcias que tanto amaba.

Y para ser escrupulosamente justos, Randolph había conseguido un éxito notable en la dirección de Stratford Shipping. Es decir, hasta que su hijo lo había empujado a convertirse en un malversador y en un ladrón. Lawrence sabía que su hermano admitiría todo si lo obligaba, pero él mismo era demasiado egoísta para provocar esa confrontación. No quería abandonar Egipto ni una sola vez más para volver a las asfixiantes oficinas de Stratford Shipping. Ni siquiera Julie había conseguido persuadirlo de que volviera a casa.

Y allí estaba Henry, esperando el momento de abordarlo. Pero Lawrence aplazó una vez más la entrevista, entró apresuradamente en su tienda y se sentó ante su mesa. Sacó de un cajón un cuaderno con tapas de cuero que quizás había estado reservando para un descubrimiento como el que estaba a punto de hacer y anotó con rapidez lo que recordaba de la inscripción de la puerta de mármol y las incógnitas que planteaba.

—Ramsés el Maldito. —Se arrellanó en la silla de tijera y contempló el nombre. Y por primera vez sintió levemente la inquietud que había invadido a Samir.

¿Qué podía significar todo aquello?

Las doce y media de la noche. ¿Estaba soñando? La puerta de mármol de la tumba había sido retirada, fotografiada y transportada con cuidado a su tienda, y todo estaba

dispuesto para volar la entrada de la tumba. Por fin era suya.

Hizo a Samir un gesto de asentimiento y sintió cómo una oleada de nerviosismo agitaba a la multitud. Los *flashes* se dispararon mientras Lawrence se cubría los oídos con las manos, y entonces sonó la explosión, que tomó a todos por sorpresa. Lawrence la sintió en la boca del estómago.

No había tiempo que perder. Empuñó la linterna, y estaba a punto de entrar cuando Samir intentó una vez más detenerlo.

—Lawrence, puede haber trampas, podría haber...

—Aparta de mi camino.

El polvo lo hacía toser, y le lloraban los ojos.

Introdujo la linterna por el boquete que había abierto la explosión. Las paredes estaban cubiertas de jeroglíficos. Una vez más se trataba del inconfundible estilo de la dinastía XIX.

Sin dudarle un momento se introdujo en la cámara. La sensación de frescor era extraordinaria. Y el olor... Era curioso que se hubiera conservado el perfume a lo largo de tantos siglos.

El corazón le latía demasiado rápido. La sangre afloró a su rostro. Volvió a toser a causa del polvo levantado en el pasadizo por los periodistas que se agolpaban en la entrada.

—¡Todos atrás! —gritó con brusquedad. De nuevo los *flashes* estallaron por doquier. El resplandor apenas le dejaba ver el techo decorado con diminutas estrellas.

Distinguió una gran mesa cubierta de cajas y recipientes de alabastro. Montones de papiros enrollados. Dios Santo, aquello era un descubrimiento de una importancia incalculable.

—Pero esto no es una tumba... —susurró.

Había un escritorio, cubierto por una fina capa de polvo. Parecía que su propietario acabase de abandonarlo. Sobre

él había un papiro abierto, plumas afiladas, un tintero... y una copa.

Pero el busto... El busto de mármol era inconfundiblemente grecorromano. Era una mujer, con el pelo ondulado sujeto por una diadema de metal y los ojos soñolientos y entrecerrados.

En la base se podía leer su nombre:

CLEOPATRA

—No es posible —oyó decir a Samir—. ¡Pero, Lawrence, mira el sarcófago!

Lawrence ya lo había visto. Mudo de asombro, contemplaba el féretro que descansaba con serenidad en el centro de aquella asombrosa sala, de aquel estudio o biblioteca, rodeado por montones de papiros y con aquel escritorio cubierto de polvo.

Una vez más, Samir ordenó a los fotógrafos que retrocedieran. El humo de los flashes estaba enloqueciendo a Lawrence.

—¡Fuera todos, largo de aquí! —gritó.

Los fotógrafos se apartaron refunfuñando y los dos hombres quedaron a solas en silencio.

Fue Samir el primero en hablar.

—El mobiliario es romano. Y ésta es Cleopatra. Mira las monedas sobre la mesa, Lawrence. Tienen su imagen, y están recién acuñadas. Sólo esto puede valer...

—Lo sé. Pero ese sarcófago encierra el cuerpo de un antiguo faraón, amigo mío. Todos los detalles de la decoración lo indican. Es tan refinado como cualquiera de los que se hayan podido encontrar en el Valle de los Reyes.

—¿Pero cómo pudo ordenar un rey ser enterrado aquí? —Samir se aproximó al sarcófago e iluminó con su linterna el hermoso rostro policromado, con los oscuros ojos pinta-

dos y los labios exquisitamente delineados—. Juraría que esto es de época romana —añadió.

—Pero el estilo...

—Lawrence, es demasiado realista. Es obra de un artista romano que ha imitado a la perfección el estilo de la dinastía XIX.

—¿Y cómo puedes explicar eso, amigo mío?

—Maldiciones —musitó Samir, como si no hubiera oído la pregunta.

Estaba mirando las líneas de jeroglíficos que rodeaban a la figura pintada en la tapa. Más abajo se distinguía la caligrafía griega, y a continuación la latina.

—«No toquéis los restos de Ramsés el Grande» —leyó Samir—. Dice lo mismo en las tres lenguas. Diría que es suficiente para que cualquier hombre sensato lo piense dos veces.

—No a mí —respondió Lawrence—. Haz venir a varios hombres. Vamos a abrir este féretro de inmediato.

El polvo había vuelto a posarse. El humo de las antorchas que habían instalado en los candelabros de pared estaba ennegreciendo demasiado el techo, pero ya se preocuparía de ello más adelante.

El sarcófago se encontraba de pie, apoyado contra la pared, y la fina tapa de madera estaba a su lado. En el interior del féretro se distinguía una figura humana envuelta en un lienzo.

Lawrence ya no veía a los hombres y mujeres que se apretaban en la entrada de la cámara y contemplaban la escena en silencio.

Lentamente, alzó el cuchillo y cortó la tela reseca, que se abrió con facilidad revelando un cuerpo envuelto en apretadas vendas.

Se produjo un murmullo de asombro entre los periodistas. Lawrence podía sentir tras él el silencio de Samir. Los

dos hombres observaron el severo rostro que se adivinaba bajo las amarillentas vendas, los marchitos brazos serenamente cruzados sobre el pecho.

Al parecer uno de los fotógrafos insistía para que lo dejaran pasar a la cámara. Samir exigió silencio con tono tajante. Lawrence apenas era consciente de lo que sucedía a su alrededor.

Estaba mirando con calma la enjuta figura que tenía delante, con sus vendas del color de la arena del desierto. Creyó detectar una expresión en aquellos rasgos. Había algo de elocuente tranquilidad en la forma de sus finos labios.

Cada momia era un misterio, una siniestra imagen de la vida en la muerte. Nunca dejaba de desconcertarlo la visión de una momia egipcia, pero aquel ser misterioso que se hacía llamar Ramsés el Grande, Ramsés el Maldito, provocaba en él una extraña añoranza.

Lawrence sintió algo cálido en su interior. Se acercó más y apartó del todo la envoltura exterior de la momia. A sus espaldas, Samir ordenó a todos que abandonaran el pasadizo. Había peligro de contaminación.

«Sí, por favor, idos todos».

Extendió la mano y tocó a la momia reverentemente con la punta de los dedos. Era sorprendentemente elástica. Quizá la gruesa capa de vendas se había suavizado con el tiempo.

Una vez más, Lawrence contempló el rostro enjuto de la momia, sus cejas redondeadas, su boca sombría.

—Julie —susurró—. Oh, querida mía, si pudieras ver esto...

El baile de la embajada: los mismos viejos rostros, la misma vieja orquesta, el mismo viejo y adorable vals. Las luces molestaban a Elliott Savarell; el champán le dejaba en la boca un sabor agrio. Sin embargo, vació la copa con ele-

gancia e hizo un gesto al camarero que pasaba frente a él: sí, otra. Y otra. Y mejor de un buen coñac, o de whisky.

Pero se suponía que tenía que estar allí, pues el baile no habría sido lo mismo sin el duque de Rutherford. Éste era un ingrediente esencial, como los grandes ramos de flores o los miles de candelabros; como el caviar y la plata; como los viejos músicos que arañaban con pereza sus violines mientras los jóvenes bailaban.

Todo el mundo quería saludar al duque de Rutherford. Todo el mundo quería invitarlo a la boda de una hija, o a tomar el té, o a otra fiesta similar a aquélla. No importaba que Elliott y su esposa apenas recibieran a nadie ya en su casa de Londres ni en la propiedad de Yorkshire, ni que Edith pasase gran parte del año en París con una hermana viuda. El decimoséptimo duque de Rutherford era el artículo que todos codiciaban. Su familia había ostentado diferentes títulos de una forma u otra desde los tiempos de Enrique VIII.

Elliott se preguntó por qué no había abandonado todo mucho antes. ¿Cómo había conseguido cautivar a tanta gente por la que no sentía el menor interés?

Pero no: aquello no era del todo verdad. Amaba a algunas de esas personas, lo admitiera o no. Amaba a su viejo amigo Randolph Stratford, como amaba a Lawrence, el hermano de Randolph. Y desde luego amaba a Julie Stratford, y le encantaba verla bailar con su propio hijo. En realidad Elliott había acudido al baile por su hijo. Estaba seguro de que Julie no se casaría con Alex, al menos no en un futuro próximo. Pero era la única esperanza de que Alex obtuviera el dinero necesario para mantener las propiedades que iba a heredar, las riquezas que se supone acompañan a todo título nobiliario.

Lo más triste era que Alex amaba a Julie. En realidad, el dinero no significaba nada para ninguno de los dos. Eran los viejos los que trazaban planes y conspiraban, como siempre había ocurrido.